

"Los Luces de El Imparcial",  
Madrid, 13 agosto 1917



Requido en "de esto y de aquello",  
Tomo I



# La muerte de Jorge Friginals

Qui pot pensar la dolor del desesser  
e de tant mal qui es lo quin' console?  
(Auxias March, CXII, 33-34)

Hace cinco años apareció en Barcelona una de las novelas más románticas, más sobrias, más reales y más ideales que han sido publicadas en lo que va de siglo, y aun en mucho más, en España. Es una novela catalana, y muy catalana. Su nombre: *La vida y la mort d'en Jordi Friginals*. Su autor, J. Pons y Pagés.

Es una novela de costumbres, y mejor que de costumbres, de sentimientos rurales catalanes. Jordi, esto es Jorge Friginals, es el segundón, el «fadristera» de la casa Friginals, y como todos los segundones de esa casa han sido dedicados siempre, desde tiempo inmemorial, a la Iglesia, Jorge tiene que hacerse cura. El padre no entiende de vocaciones ni de que se pueda desacatar su voluntad despótica y soberana, y Jorge mismo, henchido de vida, nacido para la vida de lucha mundana, ni siquiera piensa en oponerse al destino. El cura que le prepara para el Seminario advierte su ánimo y se lo advierte al padre, que no le hace caso. El muchacho languidece y se amustia en el Seminario como un águila enjaulada; se enamora y merced al amor descubre su estado; huye del Seminario; refúgiase en casa de un tío materno, anticlerical e incrédulo; empieza a hacer fortuna explotando bosques; casase con su Alberta, a despecho de los padres de uno y otra; sigue redondeando su fortuna; no logra que el padre le dé por vivo, ni aun a la vista del niño; pierde a la madre sin poderse despedir de ella; pierde al padre luego; sueña con hacer dos hombres de estudio de sus hijos, y luego, en pleno vigor físico, en plena prosperidad, en pleno triunfo, le aparece un cáncer en un labio, y acaba viéndolo cómo le llega la muerte. Las últimas páginas, la lucha de Jorge con la certeza de su muerte próxima, el arreglo de su fortuna y negocios para asegurar el porvenir de sus hijos, la despedida de éstos y de su mujer y la final desaparición es de lo más intensamente trágico que hemos leído. El autor no nos lo dice, pero se adivina, que cuando en la final despedida, al encontrarse Alberta, después de un breve desmayo, sola y levantándose de un salto, gritó abocada, extendidas las manos a las tinieblas, que se habían engullido a su hombre: ¡Jorge!... ¡Jorge!..., y de más allá

de la oscuridad la voz lejana del marido le respondió con extraño retumbo, como si viniese de pasada vida: «Piensa en los hijos, Alberta, y algo estalló en el corazón de la mujer, que cayó aplomada», adivínase que Jorge va a quitarse la vida antes de que la vida le quite el alma, va a ahorrarse los tormentos de una larga agonía retorcedora.

La narración es de lo más sobrio, de lo más robusto, de lo más narrativo que conocemos. La novela es novela, toda una novela y no más que una novela. Y por esto es tantas cosas. El autor no comenta, no diserta, no divaga. Pero como narra con supremo arte, sugiere. Algunas breves, muy breves, y escasas, muy escasas, escasísimas ocupadas hay al mundo de las supremas preocupaciones mentales.

A Jorge le faltaba aquel sentimiento de medrosa incertidumbre en las cosas del mundo que empuja a buscarse en un más allá el principio de certeza necesario a la vida humana. Y todo lo refería a sangrienta medida de hombre. Era catalán.

Jorge Friginals no temía que las cosas del mundo se le fueran de entre las manos y de bajo los pies. No es que no pensara en desaparecer él; es que no pensaba en que le desaparecieran las cosas. Porque de haber pensado Jorge Friginals en la muerte habrá sido en que el mundo visible y audible y tangible y gozable se le fuese, y no en que se fuese él del mundo. ¿Adónde? ¿A que sus costillas sintiesen la dura tierra y le diera ésta vestidura, como dijo Auxias March? De quien es la enérgica expresión de *desesser*; esto es: des-ser, des-existir, dejar de ser. La carne de Jorge Friginals quería también volar, y esto de la *carne volar vol* es otra expresión auxiasmarquiana. Sólo que a Jorge le ocurría lo contrario que a Auxias el de:

mon deit es vida contemplativa  
e romanch trist, devallant en la activa.

(LXXXVII, 269-270.)

Y de pronto el cáncer le abre el sentido de la muerte a Jorge. «Y Jorge rumiaba ansiosamente para conciliar aquellos dos términos antitéticos: la experiencia cotidiana de la muerte al hombre yéndose del mundo para jamás volver y la realidad de aquel sentimiento que le daba certeza de haber de perdurar de él alguna cosa, no en una vida ultraterrena, que no sabía imaginarse, sino en el mundo y en la vida donde había pasado sus penas y alegrías de hombre.

«El enigma se le aclaró de una vez. Fue como una revelación que le mostró en forma nueva aquellos misterios de la muerte y de la vida. Y Jorge se extrañó de no haber atinado antes de tan sencillo que era.



## La muerte de Jorge Friginals — y 2



«Por qué sabiendo la muerte próxima seguía trabajando como si hubiese de gozar plenamente el fruto de sus esfuerzos? ¿Qué le obligaba a preocuparse de la esposa y de los hijos como si fuese de sí propio? El amor de familia, los lazos de la sangre, cierto. Pero ¿qué había en el fondo de aquel amor? ¿De qué estaban hechos aquellos lazos? Jorge veía claramente que aquello no podía venir tan pronto del hecho de haber dado a sus hijos la vida. Entonces la Alberta habría quedado fuera de aquel amor y de la ligadura de aquellos lazos. Por otra parte, las bestias también dan vida a los hijos, y ya no se acuerdan de ellos así que pueden éstos campárselas.»

Y el hombre que en toda la novela obra y siente y trabaja y aspira, pero apenas piensa, se pone a pensar que ha dado a sus hijos y a su mujer algo más que vida, que les ha dado una parte de su propia persona, y que esto vivirá en ellos cuando da él no quede rastro y que acaso dentro de sí llevaba migajas—*engrunes*—vivas de sus antepasados. «Y una parte del hombre que soy—acaba pensando a los espolazos del cáncer—vivirá también en mis descendientes tanto como haya mundo, tanto como sobre la tierra queden hombres.» Una cierta inmortalidad material, como se va.

Jorge Friginals no sabía imaginarse una vida ultraterrena, una que no fuese la del mundo, que no fuese aquella en que había pasado sus penas y alegrías de hombre. A pesar de sus años de seminarista—o tal vez por ellos—no sabía imaginarse la contemplativa visión beatífica. Recordemos el *Cant espiritual* de nuestro grande, de nuestro máximo Maragall cuando le pide a Dios que le dé en sus sentidos terrenales la eterna paz, y no quedará más cielo que este cielo azul:

Diu-me en aquests sentits l'eterna pau  
i no voldré mes cel que aquest cel blau

cuando quiere detener tantos momentos de cada día y hacerlos eternos dentro de su corazón; cuando quiere que esta tierra, ésta y no otra, le sea patria celestial; cuando expresa cómo su fe y su esperanza se sostienen aquí, en la tierra, y cuando pide, al fin, que le sea la muerte un mayor nacimiento:

sia-m la mort una major naixença.

Y su Juan Sala y Serrallonga, el famoso bandido, después de haber confesado sus culpas todas, hijas de la más fiera terrenali-

dad, muere rogando al verdugo que al cortar le sezar el Credo no le mate hasta que haya dicho: «Cree en la resurrección de la carne. Esa carne, esa carne que con tanto vigor aparece en las duras y encendidas estrofas de Auxias March, el intelectualista, el aristotélico, el que decía deleñarse en la vida contemplativa y quedarse triste al bajar a la activa, carne que le quemaba el fuego—*foh, crem car* (CII, 13)—, que estaba enamorado de un corazón de carne tan dura que pedía a los hados la ablandar—*un car de carn tan dur, feuto ser moll* (XV, 30-31)—aquella carne aristotélica que podía mezclarse en el día del Juicio con la carne de la amada:

Lo jorn del Juby, quant pendrem carn e ossos  
mescladament partirem nostres cossos.

(XCII al final)

Y no huía del dolor esta carne de Auxias, como huía la de Jorge. Pedía más bien que el dolor le fuera aceptable y escudo contra el olvido.

O tú, Dolor, sies-me cominal  
encontra ublit valles me ser escut.

(XCVI, 25-26.)

Pero, ¿es que Auxias sintió acaso en lozanza de virilidad que el cáncer le empezara a dar tirones de las entrañas? El dolor de haber perdido a la amada, el que le pide ir descalzo y descubierto entre la tempestad de nieve (LVIII, 17-24), no es del dolor del cáncer que anuncia cómo ha de ser uno arrancado de la mujer y de los hijos, carne de su carne.

Este sentimiento de la otra vida, del más allá de la muerte, o mejor del dentro de la muerte, tal como se nos revela en Auxias March, en Maragall, en el Jorge Friginals, de Pens y Pagés, nos hace pensar en eso de que sea Cataluña en España donde más conventículos de espiritistas quedan, donde más gente trate de comunicarse con sus muertos. Y eso que Auxias March les dijo que los muertos no piensan en nada de los vivos:

Juan pens que-lls morts de res del viu no pensen.

(XCII, 125.)

Pero, ¿y quién lo sabe?

Y esta terrenalidad, este creer llevar migajas de los muertos propios, ¿no es acaso el cimiento más fuerte de la tradición? ¿No es acaso el antídoto de ese quietismo tibetano de quienes en la tierra, más que ceniza de corazones y sesos que fueron y con la que se harán sesos y corazones nuevos, hijos de aquéllos, ven masa de hacer trigo y cabada con que sustentarse en esta miserable y pasajera vida, que no es sino una pesadilla?

Miguel de UNAMUNO

